

VII

En las tardes azules, cuando otoña,
 el pastor se recuesta sobre el césped
 en lo más alto de la sierra, donde,
 tañendo su tristísima zampoña,
 oye que la torcaz, eterno huésped
 de robledal, a su canción responde.
 Y en las de invierno, diáfanas y frías,
 cuando el rayo postrero resplandece,
 ante las azuladas lejanías
 abismado y absorto permanece.
 Allí, cual vaga niebla, la profunda
 masa de otras extensas serranías
 ven sus ojos de águila. Más lejos,
 semejando un celaje que se inunda
 del crepúsculo gris en los reflejos,
 una línea sutil, visible apenas:
 ¡la ancha faja del mar! Hacia otro lado,
 de un valle en el confín, las rancherías
 dispersas entre páramo y sembrado,
 frescos lagos y tórridas arenas;
 y en el extremo, aun por el sol bañado,
 donde van a morir las dos cadenas
 de montañas, confuso y esfumado,
 cual un manchón opaco y ceniciento,
 ve el triste solitario de los montes
 —a mirar le infinito acostumbrado
 y a especiar en los vastos horizontes,
 el ruín y miserable hacinamiento
 que forma la ciudad: ¡tapias y muros,
 y palacios, y templos, y obeliscos,
 que anonada, en los términos oscuros,

la triunfante grandeza de los riscos.
 Y divisa el pastor, con la mirada
 que hiende, poderosa, los espacios,
 las torres muy pequeñas, los palacios
 aun más pequeños. . . . ¿y los hombres? . . . ¡Nada!
 Y, buscando a sus ansias más anchura,
 alza los ojos.—Ya del sol fulgura
 solo un rayo glorioso, en el instante
 que se hunde en Ocaso agonizante.

Lo azul, lo inmensamente azul, se pierde
 en la infinita lontananza verde:
 tiembla la luz, se funden los colores
 en la comba del éter; un residuo
 de la lumbre del sol con resplandores
 flavos enciende el horizonte occiduo.
 Y de pie, sobre el risco que es su trono,
 ve el soberano, en místico abandono,
 en sus dominios acabarse el día
 y la noche empezar, vaga y sombría.
 ¡Hora augusta y sagrada!—El sol esparce
 su oro ya muerto en los flotantes velos
 que a ras del cerco horizontal condensa,
 para encajar en él, como un engarce,
 la divina turquesa de los cielos
 y de los campos la esmeralda inmensa.

VIII

Deja, entonces, su trono de granito
 y baja por la senda silencioso
 y en honda paz. La noche y lo infinito
 le hablan en derredor; más no al reposo
 lo invitan, que su alma aun se halla abierta
 a ese clamor profundo y misterioso

de las cosas brotado, como un grito
 del Universo; grito prepotente
 que a una vida sublime nos despierta
 y pone al corazón de Dios enfrente.
 Para aquel olvidado sin amores,
 a quien sólo natura de sus flores,
 la noche es una madre: inmensamente
 lo acaricia y acógelo en su seno,
 siempre de sombra y de ternura lleno.
 Sopla el aura a su oído mansamente,
 suspirando canciones y querellas
 y, cuando para orar alza la frente,
 clavan en su pupila transparente
 sus dardos de diamante las estrellas;
 y lo inunda en su etérea catarata,
 las noches diafanísimas de Junio,
 el tenue polvo azul, azul y plata,
 en que envuelve a la tierra el plenilunio:
 o bien, cuando en los montes se desata,
 desde el alto crestón hasta el ribazo,
 el viento bramador y enfurecido,
 la noche para él tiene un latido
 y un arrullo de amor, en su regazo.
 ¡Noches de santo horror e indefinible
 misterio: ya reinéis claras u oscuras,
 mira el alma en vosotros lo invisible,
 para sentir después, hondo y terrible,
 el vértigo de Dios, en las alturas!

IX

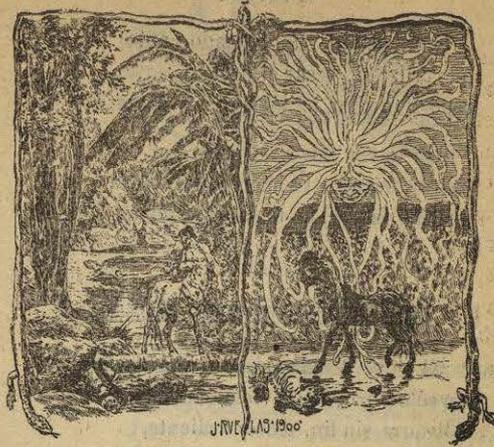
Hay en las soledades estrelladas
 de aquellas noches, una inmensa y triste
 serenidad. Cuando la luna llena
 baña la sierra en ondas plateadas,

el pico enhiesto de esplendor se viste
 y se incrusta en la atmósfera serena.
 Como un diluvio la blancura llueve
 y queda el aire convertido en ampo,
 el agua en perlas y anegado el campo
 en luminosos átomos de nieve.
 Entonces, más que nunca, desbordadas
 las recónditas ansias que en el pecho
 se agitan del pastor, siempre tranquilo
 y humilde, pero nunca satisfecho,
 al exterior asoman, condensadas
 en profundas y límpidas miradas,
 que se remontan hasta el almo asilo
 de los mundos sin fin. Mientras reposa
 el cuerpo laxo sobre duro lecho,
 en la divina cúpula radiosa
 —dejando lo finito de la tierra
 y libre de misérrimos pesares—
 el levantado espíritu se encierra.
 Sólo el cielo en las noches estelares,
 cuando brillan los astros a millares
 y a millares se agrupan, ocultando
 el ancho velo de zafiro; cuando
 forman islas sin playas en los mares
 eternos del espacio, . . . ¡sólo el cielo,
 que es reposo inmortal de todo anhelo,
 con sus fulgores y tristezas calma
 el anhelo ardentísimo de una alma
 plena de inmensidad! . . .

X

La noche cae
 y reinan las tinieblas pavorosas.
 Hay vértigo en el alma de las cosas,

porque el horror, como el abismo, atráe.
 Mas el pastor descansa. Ningún peso
 viene a oprimir su corazón de justo;
 ningún vestigio en su semblante impreso
 ha dejado el dolor. Silencio angusto
 impera en torno de él, y mientras duerme,
 su perro en vela está, y el mal, inerme.
 Repose en calma. La diurnal tarea
 ya pronto volverá, pues tras el monte,
 una indecisa claridad blanquea
 Ya en las cumbres estácose el granito.
 Ya se bañan de azul el horizonte
 y el alma
 ¡Oh, infinito! ¡Oh, infinito!



FRONDAS Y GLEBAS.

A CLEARCO MEONIO.

I

A ORILLAS DEL PAPALOAPAM.

ADIVINO LOS FÉRTILES PARAJES*

que baña el río y la pomposa vega
 que con su linfa palpitante riega,
 desmenuzado en trémulos encajes;

la basilica inmensa de follajes
 que empaña la calina veraniega
 y la furiosa inundación anega,
 en túmidos e hirvientes oleajes,

Cerca de allí, cual fatigado nauta
que cruza sin cesar el océano,
reposo tu alma halló, serena y cauta.

Allí te ven mis ojos, soberano
pastor, firme en tu báculo, y la flauta
que fué de pan, en tu sagrada mano.

II

UNA ESTAPA DEL NAZAS.

¡Ni un verdecido alcor, ni una praderal
tan sólo miro, de mi vista enfrente,
la llanura sin fin, seca y ardiente,
donde jamás reinó la primavera.

Rueda el río monótono en la austera
cuenca, sin un cantil, ni una rompiente
y al ras del horizonte, el sol poniente,
cual la boca de un horno, reverbera.

Y en esta gama gris que no abrillanta
ningún color; aquí, do el aire azota
con ígneo soplo la resaca planta,

sólo al romper su cárcel, la bellota
en el pajizo algodonal levanta
de su cándido airón la blanca nota.



LAS MONTANAS EPICAS.

A MIS AMIGOS DE MONTERREY.

... sur ces sommets clairs où le silence vibre,
Dans l'air inviolable, immense et pur, jeté.
Je crois entendre encor le cri d'un homme libre!

HEREDIA.

I

CUANDO CLAREA O YA CUANDO ATARDECE,
se destacan informes a lo lejos
cual una sombra azul, que a los reflejos
del crepúsculo gris se desvanece.

Mas su contorno gigantesco crece,
festionado por árboles añejos
que se erizan cual ásperos cadejos,
cuando el día triunfante resplandece.

Y en la noche, los áridos peñones,
las vértebras enormes del coloso,
sus empinados riscos y crestones,

semejan, en bosquejo tremebundo,
el esqueleto rígido y monstruoso
de un muerto sol, pesando sobre el mundo.

II

Contempladas de cerca, repentino
asombro se apodera de la mente
y en los nervios y músculos se siente
circular el pavor de lo divino.

Ni el blando helecho ni el robusto encino
predominan en la áspera vertiente,
ni fulgura en las cumbres castamente
la blanca nieve del paisaje andino.

Sus arrugas de piedra, sus picachos
donde el hierro incrustóse en rojas vetas
y plantó el jaramargo sus penachos,

aparecen cual hachas formidables,
titánicos puñales y saetas,
lanzas, ingentes y ciclópeos sables.

III

¿Por qué muestra tan épica figura
esa enorme cadena de montañas?....
Sus formas terroríficas y extrañas
sólo Dios modeló, no la ventura.

Bajo su prodigiosa arquitectura
se guarnecen palacios y cabañas,
fructifican los trigos y las cañas
y el abundoso manantial murmura.

Y allá, sobre las cumbres de granito,
las águilas indianas siempre alertas,
bajo el docel azul del infinito,

guardando están de nuestro honor las puertas,
al ultraje cerradas y al delito,
a la esperanza y al amor abiertas. (*)

(*) Con el nombre de *Montañas épicas* designa el autor las formadas por una gran cordillera, grueso ramal de la Sierra Madre, avanzadas hacia el Norte de la República.



BAJO UN CIELO PLOMISO Y VENTOSO,
por aristas de piedra cortado,
el paisaje monótono duerme
en profundo y solemne letargo.
Todo es gris: la silueta del monte,
el inmóvil y frío remanso
que refleja en sus ondas oscuras
un girón sepulcral del espacio;
los barbechos de glebas grietadas
donde yace el rastrojo hacinado,
olvidadas están las coyundas
y descansan los rotos arados;

MANUEL JOSÉ OTHÓN

63

los corrales de piso fangoso
que han hollado pezuñas y cascós,
sobre el cual, por el aire impelidos,
flotan acres y fétidos vahos;
el humilde jacal del labriego,
mal envuelto en los grises andrajos,
que el aliento de Otoño arrebató
del humoso fogón solitario;
el derruido y vetusto convento
de sillares musgosos y pardos,
otro tiempo de monjes refugio
y hoy albergue de espectros y cáraños;
hasta al río de gárrulas hondas
y cristales bullentes y claros,
so las húmedas nieblas, yacente
hoy está, moribundo y helado.

Ya lobrece. Las sombras nocturnas,
como espesa humareda, borrando
van el triste confin de Occidente
con un negro y furioso brochazo.
Zumba el Bóreas; los vientos aullan
remolinos de polvo aventando
y barriendo las nubes que corren
en tropel tumultuoso y fantástico.
La hojarasca crepita dispersa
por las calles tortuosas del rancho,
do se ve agonizar un destello
tras los viejos postigos cerrados.
Y se escucha, a la vez, el chasquido
de las ramas crujendo en el árbol
y el pesado caer de las gotas
en las áridas sendas del campo.
Las tinieblas se cuajan. El cielo
doloroso en un círculo trágico

va ciñendo del torvo paisaje
 los perfiles y el hórrido espacio.
 El relámpago azul fosforece
 una cárdena herida trazando
 en la lóbrega nube, que se abre
 al sentir el feroz latigazo;
 y en las sombras que envuelven y ciñen
 valle y bosques, montañas y llanos
 va a clavar, a intervalos, furente
 sus sangrientos puñales el rayo.
 Todo es negro: la noche profunda
 va extendiendo sus alas de cárabo
 y el terror culebrea en los nervios,
 el cabello y la piel erizando.
 A lo lejos, al fin de la senda
 que se incrusta en los duros peñascos,
 donde empieza a afilar la montaña
 sus aristas de pórvido y cuarzo,
 empotradas en la áspera roca
 y asomándose al hondo barranco,
 sus ruinosas paredes levanta
 el humilde rural camposanto.

En la lúgubre noche, las hienas,
 espantoso festín husmeando,
 el silencio de muerte profanan
 con aullido espasmódico y largo.
 A través de los rotos sepulcros,
 en la lívida faz de los cráneos
 ¡con qué horror, con qué horror aparece
 terrorífica mueca de espanto!
 Tal vez sienten la garra acercarse,
 y allí están, impotentes y trágicos....
 Y del mundo, y del cielo, y del alma
 olvidados, ho, Dios, olvidados!

IN EXCELSIS.

A RUBÉN M. CAMPOS.

POR SUS EXCELSITUDES

eleva la montaña

una oración, como su cumbre, inmensa,
 como su cumbre, blanca.

Y como está del cielo
 la cumbre tan cercana,
 llega muy pronto a Dios esa blancura
 convertida en plegaria....

¿Qué pedirá a los cielos
 la divina montaña?

Tener siempre su nieve por coroná
 y sus cimas muy altas.

Y cuando el sol derrita
 la nieve inmaculada,
 al dolor de las cimas pavoroso
 unir serena su raudal de lágrimas!



ELEGÍA.

A LA MEMORIA DEL MAESTRO
DON RAFAEL ANGEL DE LA PEÑA.

DE MIS OSCURAS SOLEDADES VENGO

y tornaré a mis tristes soledades
a brega altiva, tras camino luengo;

que me allego tan sólo a las ciudades
con vacilante planta y errabunda,
del tiempo antiguo a refrescar saudades.

Yo soy la voz que canta en la profunda
soledad de los montes ignorada,
que el sol calcina y el turbión inunda

Ignoro de mi rústica morada
qué tiene, que viniendo de mí mismo,
vengo de la región más apartada;

y endulzo el amargor de mi ostracismo
en miel de los helénicos panales
y en la sangrienta flor del cristianismo.

Surten de allá tan lejos los raudales
de un río, en cuya límpida corriente
inundasteis las testas inmortales.

Al labio virginal de aquella fuente,
vuestras palmas, al viento, de callada,
susurran blanda y amorosamente;

y el susurrar semeja y la cascada,
al caer sobre el oro de la arena,
diálogos de Teresa y de Granada.

Diálogos en la noche más serena
del tiempo, interminable y luminosa,
de augusta paz y de misterios llena,

en que el genio beatífico reposa
a la luz de los campos siderales,
de azul teñidos, y de nieve, y rosa;

trono para cubrir los pedestales
que el cincel de los siglos ha labrado
al alma de los muertos inmortales.

De otros, que fueron ya, se encuentra al lado,
ardiendo en fe y en caridad y ciencia,
y al bien y a la verdad aparejado,

como cuando cruzó por la existencia,
en su envoltura terrenal, que ahora
trasciende aún, cual ánfora de esencia,

el varón de cabeza pensadora
y penetrante ingenio soberano
que el paso de los tiempos avalora.

Empuñó libro y lábaro su mano;
creyente, sabio, artista. Fué en la vida
esteta heleno y gladiador cristiano.

En su alba cabellera flerecida
fulguraban los últimos reflejos
con que acompaña el sol su despedida,

y vienen de muy lejos, de muy lejos,
las cimas a alumbrar donde perdura
el triste glauco de los bosques viejos.

Se destaca su pálida figura
sobre el marco social enrojecido,
como un girón de agonizante albura.

De ardiente laureola circuido,
en poridad le revelaba el verbo
sus profundos misterios al oído.

Siempre dominador y nunca siervo
del lenguaje, probó pacientemente
los dulces goces del trabajo acerbo.

Fué el varón fortunado de alta frente,
nunca sentado en la manchada silla
de pecadora ni mentida gente;

que crece en altivez cuando se humilla,
incrustando, con ánimo sereno,
la frente en Dios y en tierra la rodilla,

y desprecia el relámpago y el trueno
con la inefable dicha de ser sabio
y el orgullo sagrado de ser bueno....

Ante él calló la envidia y el agravio,
y en la mundana y dolorosa guerra
no queja alguna murmuró su labio;

y al fin en el amor los ojos cierra:
pues ¿dónde hay más amor que el de la muerte
ni más materno amor que el de la tierra?....

Duerme y sueña, señor: tu cuerpo inerte,
cuando del sueño augusto en que reposa
a la inmortal resurrección despierte,

verá que se irgue, al lado de su fosa,
de héroes, santos y reyes gestadores
la no muerta falange luminosa.

Coronistas, poetas y doctores,
departirán contigo en la divina
faba, de que sois únicos señores....

¡Oh romance inmortal! Sangre latina
tus venas abrasó con fuego ardiente
que transfundió en la historia y la ilumina,

y nunca morirá, mientras aliente
un cerebro que piense en lo que vuela
y un corazón que sufra en lo que siente.

.....
¡Cuánto envidio a los muertos cuya estela
marca en los mares el camino luengo
que dejara su nave de áurea vela.

y con estas envidias que yo tengo,
abandono el rumor de las ciudades.
De mis desiertas soledades vengo
y torno a mis obscuras soledades.



EN EL DESIERTO.

IDILIO SALVAJE.

A ALFONSO TORO.

A FUERZA DE PENSAR EN TUS HISTORIAS
y sentir con tu propio sentimiento,
han venido a agolparse al pensamiento
rancios recuerdos de perdidas glorias.

Y evocando tristes memorias,
porque siempre lo ido es triste, siento
amalgamar el oro de tu cuento
de mi viejo román con las escorias.

¿He interpretado tu pasión? Lo ignoro;
que me apropio, al narrar, algunas veces
el goce extraño y el ajeno lloro.

Sólo sé que, si tú los encareces
con tu ardiente pincel, serán de oro
mis versos, y esplendor sus lobregueces.

I

¿Por qué a mi helada soledad viniste
cubierta con el último celaje
de un crepúsculo gris... Mira el paisaje
árido y triste, inmensamente triste.

Si vienes del dolor y en él nutriste
tu corazón, bien vengas al salvaje
desierto, donde apenas un miraje
de lo que fué mi juventud existe.

Mas si acaso no vienes de tan lejos
y en tu alma aun del placer quedan los dejos,
puedes tornar a tu revuelto mundo.

Si no, ven a lavar tu cyprio manto
en el mar amarguísimo y profundo
de un triste amor, o de un inmenso llanto.

II

Mira el paisaje: inmensidad abajo,
inmensidad, inmensidad arriba;
en el hondo perfil, la sierra altiva
al pie minada por horrendo tajo.

Bloques gigantes que arrancó de cuajo
el terremoto, de la roca viva,
y en aquella sabana pensativa
y adusta, ni una senda, ni un atajo.

Asoladora atmósfera candente,
do se incrustan las águilas serenas;
como clavos que se hunden lentamente.

Silencio, lobreguez, pavor tremendos
que vienen sólo a interrumpir apenas
el galope triunfal de los berrendos.

III

En la estepa maldita, bajo el peso
de sibilante grisa que asesina,
irgues tu talla escultural y fina,
como un relieve en el confin impreso.

El viento, entre los médanos opreso,
canta cual una música divina,
y finge, bajo la húmeda neblina,
un infinito y solitario beso.

Vibran en el crepúsculo tus ojos
un dardo negro de pasión y enojos
que en mi carne y mi espíritu se clava;

y, destacada contra el sol muriente,
como un airón, flotando inmensamente,
tu bruna cabellera de india brava.

IV

La llanada amarguísima y salobre,
enjuta cuenca de oceano muerto
y, en la gris lontananza, como puerto,
el peñascal, desamparado y pobre.

Unta la tarde en mi semblante yerto
aterradora lobreguez, y sobre
tu piel, tostada por el sol, el cobre
y el sepia de las rocas del desierto.

Y en el regazo donde sombra eterna,
del peñascal bajo la enorme arruga,
es para nuestro amor nido y caverna,

les lianas de tu cuerpo retorcidas
en el tórso viril que te subyuga,
con una gran palpitación de vidas.

V

¡Qué enferma y dolorida lontananza!
¡Qué inexorable y hosca la llanura!
Flota en todo el paisaje tal pavura,
como si fuera un campo de matanza.

Y la sombra que avanza... avanza, avanza,
parece, con su trágica envoltura,
el alma ingente, plena de amargura,
de los que han de morir sin esperanza.

Y allí estamos nosotros, oprimidos
por la angustia de todas las pasiones,
bajo el peso de todos los olvidos.

En un cielo de plomo; el sol ya muerto;
y en nuestros desgarrados corazones
el desierto, el desierto... y el desierto!

VI

¡Es mi adiós!... Allí vas, bruna y austera,
por las planicies que el bochorno escalda,
al verberar tu ardiente cabellera,
como una maldición, sobre tu espalda.

En mis desolaciones, ¿qué me espera?...
(ya apenas veo tu arrastrante falda)

una deshojazón de primavera
y una eterna nostalgia de esmeralda.

El terremoto humano ha destruido
mi corazón y todo en él expira.
¡Mal hayan el recuerdo y el olvido!

Aun te columbro, y ya olvidé tu frente;
sólo, ¡ay! tu espalda miro, cual se mira
lo que huye y se aleja eternamente.

ENVÍO

En tus aras quemé mi último incienso
y deshojé mis postrimeras rosas.
Do se alzaban los templos de mis diosas,
ya sólo queda el arenal inmenso.

Quise entrar en tu alma, y ¡qué descenso,
qué andar por entre ruinas y entre fosas!
¡A fuerza de pensar en tales cosas
me duele el pensamiento cuando pienso!

¡Pasó!... ¿Qué resta ya de tanto y tanto
deliquio? En tí ni la moral dolencia,
ni el dejo impuro, ni el sabor del llanto.

Y en mí, ¡qué hondo y tremendo cataclismo!
¡Qué sombra y qué pavor en la conciencia,
y qué horrible disgusto de mí mismo!

VOZ INTERNA.

EN LAS NOCHES TEDIOSAS Y SOMBRÍAS
buscan su nido en mi cerebro enfermo,
plegando el ala ensangrentada y rota,
mis antiguos recuerdos.
No vienen como alegres golondrinas
de la rústica iglesia a los aleros,
trayendo de la rubia Primavera
las blandas brisas y los tibios besos.
Vienen, como los pájaros nocturnos,
a acurrucarse huraños y siniestros
de la musgosa tapia en las ruinas
o de la vieja torre entre los huecos.
¡Que vengan en buena hora, que no tarden!
¿Por qué no se apresuran? ¡Los espero!...
¡Hace ya tantos años que dormito!
¡Hace ya tanto tiempo!
El negro muro del hendido claustro,
aunque roto y abierto,
aun se mantiene en pie, y en las ojivas
del campario viejo,
si no hay esquilas que a la misa llamen
al asomar el matinal lucero

o anuncien la oración al campesino
y la hora del regreso
a las muchachas de la azul cisterna,
al pastor y al vaquero;
si ya no hay campanitas que repiquen
del santo titular en los festejos,
hay oquedades hondas y sombrías
que abrigarán en sus oscuros senos
a las lechuzas pardas y siniestras
y a los pájaros negros. . . .

CREPUSCULOS,

I.

RUBIA LA AURORA LUCE EN EL ORIENTE
sus galas más espléndidas de fiesta,
que amorosa y rendida ya se apresta
del esposo a besar la roja frente.

Para verle asomar alza su ingente
tajada cumbre la montaña enhiesta;
prepárale su incienso la floresta,
su trino el ave y su rumor la fuente.

El cielo gotas de cristal rocía
en corolas y muérdagos. Los vientos
tañen las ramas de la selva umbría.

Y alza a su Dios en rítmicos acentos,
como grata oración del nuevo día,
himnos la tierra . . . ¡el hombre pensamientos!

II.

Tramonta el sol. Esmalta la colina
de su postrera luz con el escaso
fulgor, que va envolviendo en el Ocaso
con su túnica blanca la neblina.

Desbarátase la húmeda calina
en la llana extensión del campo raso,
y ya por el Oriente, paso a paso,
la silenciosa noche se avecina.

Todo es misterio y paz. El tordo canta
sobre los olmos del undoso río;
el hato a los apriscos se adelanta,

flota el humo en el pardo caserío,
y mi espíritu al cielo se levanta
hasta perderse en Tí.... ¡Gracias, Dios mío!



J.R.
1903

INDICE.

	Págs.
Manuel José Othón.....	5
Invocación.....	9
Primavera.....	10
Venus.....	13
Ocaso.....	14
El Himno de los Bosques.....	15
La Canción de Otoño.....	24
Noche Rústica de Walpurgis.....	26
Poema de Vida.....	40
Pastoral.....	46
Frondas y Glebas.....	57
Las Montañas Epicas.....	59
Lobreguez.....	62
In Excelsis.....	65
Elegía.....	66
En el Desierto.—Idilio salvaje.....	70
Voz interna.....	75
Crepúsculos.....	77